

Reconciliación a través de la sangre

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la *redención* que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como *propiciación* por medio de la fe en su sangre.”—iii. 24,25.

Como hemos visto, varias bendiciones distintas han sido obtenidas para nosotros por el poder de la sangre de Jesús, las cuales están todas incluidas en la palabra “ *redención* ”. Entre estas bendiciones, *la reconciliación* ocupa el primer lugar. “Dios presentó a Jesús como una *reconciliación por medio de la fe en su sangre*”. En la obra de redención de nuestro Señor , *la reconciliación* naturalmente viene primero. También ocupa el primer lugar entre las cosas que tiene que hacer el pecador que desea tener parte en *la redención* . A través de ella, se hace posible la participación en las otras bendiciones de la Redención.

También es de gran importancia que el creyente que ya ha recibido *la reconciliación* obtenga una concepción más profunda y espiritual de su significado y bendición. Si el poder de la sangre en *la redención* tiene su raíz en *la reconciliación* , entonces un conocimiento más completo de lo que es *la reconciliación* es la manera más segura de obtener una experiencia más completa de la reconciliación.

Poder de la sangre. El corazón que se entrega a la enseñanza del Espíritu Santo seguramente aprenderá lo que significa *la reconciliación* . Que nuestros corazones se abran de par en par para recibirla.

Para entender lo que significa *la reconciliación por la Sangre* consideremos:

1. El pecado, que ha hecho necesaria la reconciliación.
2. La santidad de Dios que lo ordenó de antemano;
3. La Sangre de Jesús que lo obtuvo;
4. El perdón que de ello resulta.
- 5.

I. El pecado, que hizo necesaria la reconciliación

En toda la obra de Cristo, y sobre todo en *la reconciliación*, el objetivo de Dios es la eliminación y destrucción del pecado. El conocimiento del pecado es necesario para el conocimiento de *la reconciliación*.

Queremos entender qué hay en el pecado que necesita *reconciliación*, y cómo *la reconciliación* hace que el pecado sea impotente. Entonces la fe tendrá algo a lo que aferrarse y la experiencia de esa bendición se hará posible.

El pecado ha tenido un doble efecto. Ha tenido un efecto sobre Dios, así como sobre el hombre. En general, hacemos hincapié en su efecto sobre el hombre. Pero el efecto que ha ejercido sobre Dios es más terrible y serio. Es debido a su efecto sobre Dios que el pecado tiene su poder sobre nosotros. Dios, como Señor de todo, no podía pasar por alto el pecado. Es su ley inalterable que el pecado debe producir dolor y muerte. Cuando el hombre cayó en pecado, él, por esa ley de Dios, fue puesto bajo el poder del pecado. Así es con la ley de Dios que *la redención* debe comenzar, porque si el pecado es impotente contra Dios, y la ley de Dios no le da al pecado autoridad sobre nosotros, entonces su poder sobre nosotros es destruido. El conocimiento de que el pecado es mudo ante Dios, nos asegura que ya no tiene autoridad sobre nosotros.

¿Cuál fue entonces el efecto del pecado sobre Dios? En su naturaleza divina, Él permanece siempre inmutable e inmutable, pero en su relación y comportamiento hacia el hombre, se ha producido un cambio total. El pecado es desobediencia, un desprecio de la autoridad de Dios; busca robarle a Dios su honor como Dios y Señor. El pecado es una oposición decidida a un Dios Santo. No sólo puede, sino que debe despertar su ira.

Aunque el deseo de Dios era continuar en amor y amistad con el hombre, el pecado lo ha obligado a convertirse en un oponente. Aunque el amor de Dios hacia el hombre permanece inalterado, el pecado le ha hecho imposible admitir al hombre en comunión con Él. Lo ha obligado a derramar sobre el hombre su ira, su maldición y su castigo, en lugar de su amor. El cambio que el pecado ha causado en la relación de Dios con el hombre es terrible.

El hombre es culpable ante Dios. La culpa es una deuda. Sabemos lo que es una deuda. Es algo que una persona puede exigir a otra, una demanda que debe ser satisfecha y saldada.

Cuando se comete un pecado, sus efectos posteriores pueden no notarse, pero la culpa permanece. El pecador es culpable. Dios no puede ignorar su propia exigencia de que el pecado sea castigado, y su gloria, que ha sido deshonrada, debe ser defendida. Mientras la deuda no sea saldada, o la culpa expiada, es, por la naturaleza del caso, imposible que un Dios Santo permita que el pecador entre en su presencia.

A menudo pensamos que la gran pregunta para nosotros es cómo podemos ser liberados del poder del pecado que mora en nosotros; pero esa es una pregunta de menor importancia que la de cómo podemos ser liberados de la culpa que se acumula delante de

Dios. ¿Puede eliminarse la culpa del pecado? ¿Puede eliminarse el efecto del pecado sobre Dios, al despertar su ira? ¿Puede el pecado ser borrado delante de Dios? Si se pueden hacer estas cosas, el poder del pecado también será quebrantado en nosotros. Es sólo a través de *la reconciliación* que la culpa del pecado puede ser eliminada.

La palabra traducida como “ *reconciliación* ” significa en realidad “cubrir”. Hasta los paganos tenían una idea de esto. Pero en Israel Dios reveló una *reconciliación* que podía cubrir y quitar la culpa del pecado de tal manera que la relación original entre Dios y el hombre podía ser restaurada por completo. Esto es lo que debe hacer la verdadera *reconciliación* . Debe quitar la culpa del pecado, es decir, el efecto del pecado sobre Dios, de tal manera que el hombre pueda acercarse a Dios, con la bendita seguridad de que ya no hay la menor culpa que pese sobre él y lo mantenga alejado de Dios.

2. La santidad de Dios que predestinó la reconciliación

Esto también debe tenerse en cuenta si queremos entender correctamente *la reconciliación*.

La santidad de Dios es su infinita y gloriosa perfección, que le lleva a desear siempre el bien en los demás y en sí mismo. Él concede y obra lo que es bueno en los demás, y odia y condena todo lo que se opone al bien.

se unen el *amor y la ira de Dios: su amor que se otorga; su ira que, según la ley divina de justicia, echa fuera y consume lo que es malo.*

Fue, como el Santo, que Dios ordenó *la reconciliación* en Israel y tomó Su morada en el Propiciatorio.

Es como el Santo que Él, en expectativa de los tiempos del Nuevo Testamento, dijo tan a menudo: “Yo soy tu Redentor, el Santo de Israel”.

Es como el Santo que Dios llevó a cabo su consejo de *reconciliación* en Cristo.

Lo maravilloso de este consejo es que tanto el santo amor como la santa ira de Dios encuentran satisfacción en él. Aparentemente estaban en una lucha irreconciliable entre sí. El santo amor no estaba dispuesto a dejar ir al hombre. A pesar de todo su pecado, no podía abandonarlo. Él debía ser redimido. La santa ira no podía renunciar a sus demandas. La ley había sido despreciada. Dios había sido deshonrado. El derecho de Dios debía ser defendido. No podía haber ningún pensamiento de liberar al pecador mientras la ley no fuera satisfecha. El terrible efecto del pecado en el cielo —sobre Dios— debía ser contrarrestado; la culpa del pecado debía ser eliminada; de lo contrario, el pecador no podría ser liberado. La única solución posible era *la reconciliación*.

Hemos visto que *la reconciliación* significa *cubrir*. Significa que algo más ha ocupado el lugar donde se estableció el pecado, de modo que el pecado ya no puede ser visto por Dios.

Pero como Dios es el Santo, y sus ojos son como llama de fuego, lo que cubrió el pecado debe ser algo de tal naturaleza que realmente contrarreste el mal que el pecado había hecho, y también que borre de tal manera el pecado delante de Dios que realmente quede destruido y no pueda ser visto ahora.

La reconciliación por el pecado sólo puede tener lugar por medio de la satisfacción. La satisfacción es *reconciliación*. Y como la satisfacción se realiza por medio de un sustituto, el pecado puede ser castigado y el pecador puede ser salvado. La santidad de Dios también sería glorificada y sus demandas satisfechas, así como la demanda del amor de Dios en la redención del pecador; y la demanda de Su justicia en el mantenimiento de la gloria de Dios y de Su ley.

Sabemos cómo se establecía esto en las leyes del Antiguo Testamento sobre las ofrendas. Un animal limpio ocupaba el lugar de un hombre culpable. Su pecado era puesto, por confesión, sobre la cabeza de la víctima, que soportaba el castigo al entregar su vida hasta la muerte. Entonces la sangre, que representaba una vida limpia que ahora, al soportar el castigo, está libre de culpa, puede ser traída a la presencia de Dios; la sangre o la vida del animal que ha soportado el castigo en lugar del pecador. Esa sangre hacía *la reconciliación* y cubría al pecador y su pecado, porque había tomado su lugar y había expiado su pecado.

Hubo *reconciliación en La Sangre* .

Pero eso no era una realidad. La sangre del ganado o de los machos cabríos nunca podría quitar el pecado; era sólo una sombra, una imagen, de la verdadera *reconciliación* .

Para cubrir eficazmente la culpa era necesaria una sangre de un carácter totalmente diferente. Según el consejo del Dios Santo, nada menos que la sangre del propio Hijo de Dios podía producir *la reconciliación* . La justicia la exigía; el amor la ofrecía. “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso para la *reconciliación* por medio de la fe en su sangre” .

3. La sangre que obró la reconciliación

La reconciliación debe ser la satisfacción de las exigencias de la santa ley de Dios.

El Señor Jesús logró eso. Por medio de una obediencia voluntaria y perfecta, cumplió la ley bajo la cual se había colocado. En el mismo espíritu de entrega completa a la voluntad del Padre, llevó la maldición que la ley había pronunciado contra el pecado. Él rindió, en la medida más completa de obediencia o castigo, todo lo que la ley de Dios pudiera pedir o desear. La ley fue perfectamente satisfecha por Él. Pero, ¿cómo puede Su cumplimiento de las demandas de la ley ser *una reconciliación* por los pecados de otros? Porque, tanto en la Creación como en el santo pacto de gracia que el Padre había hecho con Él, Él fue reconocido como la cabeza de la raza humana. Debido a esto, Él pudo, al hacerse carne, convertirse en un segundo Adán. Cuando Él, el *Verbo*, se hizo *carne*, se puso en una verdadera comunión con nuestra carne que estaba bajo el poder del pecado, y asumió la responsabilidad por todo lo que el pecado había hecho en la carne contra Dios. Su obediencia y perfección no fue meramente la de un hombre entre otros, sino la de Aquel que se había puesto en comunión con todos los demás hombres y que había tomado sobre Sí su pecado.

Como Cabeza de la humanidad a través de la Creación, como su representante en el Pacto, Él se convirtió en su fiador. Como una perfecta satisfacción de las demandas de la ley se logró mediante el derramamiento de Su sangre, esto fue *la reconciliación*; la cobertura de nuestro pecado.

Ante todo, no debemos olvidar nunca que Él era Dios. Esto le confirió un poder divino para unirse a sus criaturas y tomarlas en Sí. Otorgó a sus sufrimientos una virtud de infinita santidad y poder. Hizo que el mérito de su derramamiento de sangre fuera más que suficiente para tratar con toda la culpa del pecado humano. Hizo de su sangre una *reconciliación tan real*, una cobertura tan perfecta del pecado, que la santidad de Dios ya no la contempla. Ha sido, en verdad, borrada. La sangre de Jesús, el Hijo de Dios, ha procurado una *reconciliación real, perfecta y eterna*.

¿Qué significa eso?

Hemos hablado del terrible efecto del pecado sobre Dios, del terrible cambio que tuvo lugar en el cielo a causa del pecado. En lugar de recibir favor, amistad, bendición y la vida de Dios, el hombre no tenía nada que esperar del cielo excepto ira, maldición, muerte y perdición. Sólo podía pensar en Dios con temor y terror, sin esperanza y sin amor. El pecado nunca dejó de exigir venganza, la culpa debía ser castigada en su totalidad.

Pero vean, la sangre de Jesús, el Hijo de Dios, ha sido derramada. Se ha hecho expiación por el pecado. Se ha restablecido la paz. Ha tenido lugar un cambio nuevamente, tan real y generalizado como el que había producido el pecado. Para quienes reciben la *reconciliación*, el pecado ha sido reducido a nada. La ira de Dios se vuelve y se esconde en la profundidad del amor divino.

La justicia de Dios ya no aterroriza al hombre. Lo recibe como un amigo, ofreciéndole una justificación completa. El rostro de Dios irradia placer y aprobación cuando el pecador penitente se acerca a Él y lo invita a una comunión íntima. Le abre un tesoro de bendiciones. Ya no hay nada que pueda separarlo de Dios.

La *reconciliación* por la sangre de Jesús cubrió sus pecados, que ya no aparecen ante los ojos de Dios. Él ya no le imputa el pecado. *La reconciliación* ha obrado una redención perfecta y eterna.

Oh yo, ¿quién puedo decir el valor de esa preciosa sangre?

No es de extrañar que en el canto de los redimidos se haga mención eterna de esa sangre, y por toda la eternidad, mientras exista el cielo, resonará la alabanza de la sangre: “Tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios”.

Pero aquí está lo maravilloso, que los redimidos en la tierra no se unan con más corazón a ese cántico, y que no abunden en alabanzas por la *reconciliación* que el poder de la Sangre ha logrado.

4. El perdón que sigue a la reconciliación

Que la sangre haya hecho *reconciliación* por el pecado, y lo haya cubierto, y que como resultado de esto haya tenido lugar un cambio tan maravilloso en los lugares celestiales, todo esto no nos servirá de nada, a menos que obtengamos una parte personal en ello.

Es en el perdón del pecado que esto ocurre.

Dios ha ofrecido una absolución perfecta de todos nuestros pecados y culpas. Debido a que se ha hecho *la reconciliación* por el pecado, ahora podemos *reconciliarnos* con Él. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”. Después de esta palabra de *reconciliación* viene la invitación: “Reconciliaos con Dios”. Quien recibe *la reconciliación* por el pecado, se *reconcilia* con Dios. Sabe que todos sus pecados son perdonados.

Las Escrituras emplean diversas ilustraciones para enfatizar la plenitud del perdón y convencer al corazón temeroso del pecador de que la sangre realmente ha quitado su pecado. “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como una nube tus pecados” (Isaías 44:22). “Echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Isaías 44:13).

xxxviii. 17). “Arrojarás a lo profundo del mar todos sus pecados” (Miq. 7. 19). “Se buscará la iniquidad de Israel, y no habrá; y los pecados de Judá, y no se hallarán; porque yo los perdonaré” (Jer. 1. 20).

Esto es lo que el Nuevo Testamento llama justificación. Así se le llama en Romanos 1:1-14.

iii. 23-26, “Por cuanto todos pecaron . . . siendo justificados gratuitamente (por nada) mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como *reconciliación por medio de la fe en su sangre*, para manifestar su justicia . . . a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”.

Tan perfecta es la *reconciliación* y tan verdaderamente el pecado ha sido cubierto y borrado, que aquel que cree en Cristo es considerado y tratado por Dios como enteramente justo. La absolución que ha recibido de Dios es tan completa que no hay nada, absolutamente nada, que le impida acercarse a Dios con la mayor libertad.

Para gozar de esta bienaventuranza no se necesita nada más que la fe en la sangre. Sólo la sangre lo tiene todo.

El pecador penitente que se vuelve de su pecado hacia Dios, sólo necesita tener fe en esa sangre. Es decir, fe en el poder de la sangre, que verdaderamente ha expiado el pecado y que realmente ha expiado por él. Por medio de esa fe, sabe que está completamente *reconciliado* con Dios y que ya no hay nada que impida que Dios derrame sobre él la plenitud de su amor y bendición.

Si mira hacia el cielo, que antes estaba cubierto de nubes, negras por la ira de Dios y por un terrible juicio venidero, esa nube ya no se ve; todo brilla en la alegre luz del rostro de Dios y de su amor. La fe en la sangre manifiesta en su corazón el mismo poder milagroso que ejerció en el cielo. Por medio de la fe en la sangre, llega a ser partícipe de todas las bendiciones que la sangre ha obtenido para él de parte de Dios.

¡Hermanos creyentes! Orad fervientemente para que el Espíritu Santo os revele la gloria de esta *reconciliación* y el perdón de vuestros pecados, que os fue otorgado por la sangre de Jesús. Orad para que vuestros corazones sean iluminados y puedan ver cuán completamente ha sido eliminado el poder acusador y condenador de vuestro pecado, y cómo Dios, en la plenitud de su amor y beneplácito, se ha vuelto hacia vosotros. Abrid vuestros corazones al Espíritu Santo para que Él os revele los gloriosos efectos que la sangre ha tenido en el cielo. Dios ha presentado a *Jesucristo mismo* como una *reconciliación* por medio de la fe en su sangre. Él es la *reconciliación* por nuestros pecados. Confíad en Él, como si ya hubiera cubierto vuestro pecado ante Dios. Ponedlo entre vosotros y vuestros pecados, y experimentaréis cuán completa es la Redención que Él ha llevado a cabo, y cuán poderosa es la *reconciliación* por medio de la fe en su sangre.

Entonces, por medio de *Cristo vivo*, los efectos poderosos que la sangre ha ejercido en el cielo se manifestarán cada vez más en vuestros corazones, y sabréis lo que significa caminar, por la gracia del Espíritu, en la plena luz y goce del perdón.

Y a ti que aún no has obtenido el perdón de tus pecados, ¿no te llega esta palabra como una llamada urgente a la fe en su sangre?

¿No os dejaréis nunca conmovir por lo que Dios ha hecho por vosotros como pecadores? “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:20).

La sangre preciosa, divina, ha sido derramada, *la reconciliación* está completa y llega a vosotros el mensaje: “Reconciliaos con Dios”.

Si te arrepientes de tus pecados y deseas ser liberado del poder y la esclavitud del pecado, ejerce fe en la sangre. Abre tu corazón a la influencia de la palabra que Dios ha enviado para que te sea hablada. Abre tu corazón al mensaje de que la sangre puede liberarte, sí, incluso a ti, en este momento. Sólo créelo. Di: “Esa sangre también es para mí”. Si vienes como un pecador culpable y perdido, anhelando el perdón, puedes estar seguro de que la sangre que ya ha hecho una *reconciliación perfecta* cubre tu pecado y te restaura, inmediatamente, al favor y al amor de *Dios*.

Por eso, te ruego que ejerzas fe en la sangre. Inclínate ahora mismo ante Dios y dile que crees en el poder de la sangre para tu propia alma. Habiendo dicho eso, aférrate a ella. Por medio de la fe en Su sangre, Jesucristo será también la *reconciliación* por tus pecados.